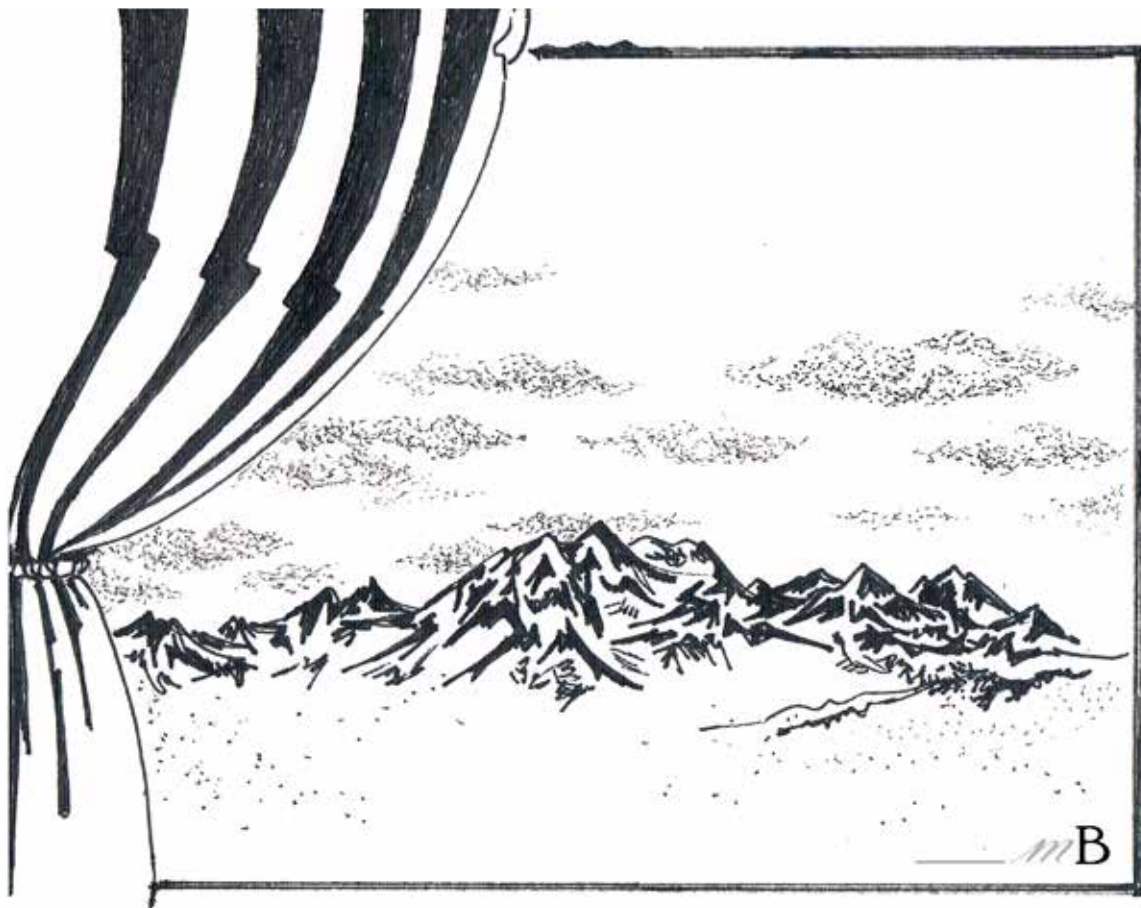


Arte y autopistas

Artes Escénicas: presencia y tecnología

Mariano Anós

En nuestro tiempo la utilización masiva de la imagen, parece desplazar a las artes escénicas, vinculadas a la presencia física del artista en tiempo real.



Paisaje. Miguel Brunet

Las artes escénicas son ante todo y sobre todo artes de la presencia. Rituales en los que se congrega una asamblea en un espacio y un tiempo dados para participar de un acto efímero, que nunca se repetirá del mismo modo. Ortega destacaba, entre los diversos sentidos de la palabra *teatro*, el “sentido fuerte” del término como lugar, recinto, que puede o no ser un edificio, construido o no al efecto. Sabemos con Peter Brook que basta con un actor, dos espectadores y una convención compartida para que haya teatro. Y lo mismo podríamos decir con respecto a la danza, el concierto, la *performance*... (La expresión “artes escénicas” es un poco cargante, aunque probablemente imprescindible. En todo caso, si hablo de teatro entiéndase en su sentido expandido).

Tecnología ha habido siempre, ¡qué evidencia! Y una evidencia más: los cambios (evitemos hablar de avances) en la tecnología han influido y mucho en los cambios (que no avances) artísticos. Tecnología es desde coser un vestuario hasta proyectar un vídeo, pasando por encender unas velas o clavar unas tablas. La electricidad, la grabación de sonido, la fotografía, el cine..., toda la historia de la tecnología ha modificado la historia de las artes escénicas, tanto desde el punto de vista de la producción como de la recepción. Hasta en el cuerpo y la elocución de los intérpretes en escena hay claramente un antes y un después del cine, sobre todo del cine sonoro.

Las llamadas “nuevas tecnologías” — ¿nuevas? — han dado pie probablemente a mayores polémicas en los últimos años. Polémicas en buena parte estériles. La denominación se refiere generalmente más que nada al uso de la proyección digital. ¿Hay grandes diferencias de fondo entre un telón pintado y una proyección en una pantalla? Depende. En

ocasiones se usa el recurso a la proyección exactamente con el mismo sentido que el telón pintado representando un salón o un jardín de los cómicos de la legua. Las funciones de la proyección son múltiples: pueden oscilar entre el mero decorado y la aportación de un sentido específico al conjunto de la representación.

“ Un actor, un bailarín o un cantante en medio de una plaza con un círculo de personas a su alrededor, o un *performer* en un museo valen tanto como la proliferación hipersofisticada de aparatos en un edificio inteligente. ”

En este último caso (no vale la pena considerar el otro), la proyección en escena puede reforzar, extender o contradecir la acción escénica, estableciendo en cualquier caso un diálogo con ella. Cuál sea la proporción o el acento atribuido a uno u otro de los elementos en juego no puede convertirse en una valoración de mayor o menor modernidad, o posmodernidad. Sobran las ingenuidades, usadas a menudo como valor de mercado publicitario. Quizá una ingenuidad que no lo aparenta sería el intento de armonizar, sin más fisuras que las materialmente inevitables, los diferentes sistemas (si se les puede llamar así) o procedimientos de significación, en la estela de la aspiración wagneriana a la “obra de arte total”. Una relectura de Brecht puede resultar un buen antídoto.

Una cita de Jean-François Peyret, que ha llevado al límite la centralidad de la imagen proyectada en varios de sus espectáculos. Traduzco unas líneas de su contribución al volumen colectivo *Les écrans sur la scène*, pág. 280:

Poned un actor en un escenario; proyectad luego una imagen de vídeo, la mirada del espectador será atraída inmediatamente por ella. ¿Qué hará volver esa mirada al actor? ¿La promesa de qué emoción? Es para mí la única pregunta planteada ahora al teatro, pues ya no puede extraer su fuerza de la representación, menos aún de su poder de ilusión, sino al contrario de su capacidad de presentación, y diría corolariamente de su capacidad para vaciar la mirada de lo ya visto o demasiado visto. (...) Antes (?) la regla era la percepción directa, hoy es la excepción. No vemos más que imágenes. Todo es representación; ya no hay presentación.

En el mundo de saturación de imágenes en el que vivimos, tal vez las artes de la presencia han dado un giro en el sentido de una pérdida de la inocencia en la mirada del espectador. Ya es, en efecto, a estas alturas, poco o nada “natural”, como podía serlo hasta hace sólo un par de generaciones, la participación en un ritual en el que hay cuerpos que están ahí. Ni mejor ni peor: es un hecho de nuestra cultura. Hablar de lo virtual como opuesto a lo real se hace cada vez más problemático.

Naturalmente no se trata ni de sacralizar ni de estigmatizar el uso de ninguna tecnología. Un actor, un bailarín o un cantante en medio de una plaza con un círculo de personas a su alrededor, o un *performer* en un museo, etc., valen tanto como la proliferación hipersofisticada de aparatos en un edificio “inteligente”. La ampliación de estrategias comunicativas nunca puede considerarse en cualquier caso una mala noticia.